

Revista SHARE - Octubre 2022 - La fe puede mover montañas

Por
Padre Shenan J. Boquet

"Renovar el amor a Dios"

En el capítulo 17 del Evangelio de Mateo, nos enteramos de que los nueve discípulos que Jesús dejó atrás cuando llevó a Pedro, Santiago y Juan a la montaña fracasaron en una tarea crítica. No podían exorcizar un demonio de un niño que sufría gravemente. Su fracaso provocó una discusión con algunos escribas judíos, así como una respuesta exasperada y apenada de Jesús sobre su "generación infiel y perversa."

Después de curar al joven, los discípulos de Jesús se acercaron a Él, queriendo entender qué había salido mal. Le preguntaron por qué no podían expulsar al demonio. Fue "a causa de su poca fe", que se vio obstaculizada por su arrogancia. Jesús enseña que incluso una pequeña dosis de fe auténtica puede lograr grandes cosas: "Si tienes fe del tamaño de un grano de mostaza, le dirás a esta montaña: 'Muévete de aquí para allá', y se moverá".

Los discípulos o bien no confiaban en el poder que Jesús les había dado previamente (Mt 10:8), o bien no creían que tal poder pudiera efectuarse a través de ellos, viendo esta situación como demasiado difícil; aunque Jesús les dice que en Su nombre "expulsarán demonios, hablarán nuevas lenguas. Recogerán serpientes [con sus manos], y si beben alguna bebida mortal, no les hará daño. Pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán" (Mc 16,17.18).

Jesús revela a sus discípulos que la clave de ese poder *es* la fe en Él, *no* en su propia determinación. Se trata de una lección importante y poderosa, que estos hombres no sólo acabarían comprendiendo, sino que los futuros discípulos abrazarían, ofreciéndose en completa devoción al Maestro y amor al prójimo. Por otra parte, es importante recordar que a lo largo de los siglos los santos han obrado milagros asombrosos, pero los mayores y más importantes han sido, y siguen siendo, la transformación y el renacimiento de las almas muertas por el pecado y la ignorancia.

El avance de la fe surge de nuestra vida interior, de una llama de amor que arde dentro de nosotros. Y con el corazón encendido, podemos superar obstáculos y circunstancias difíciles o carencias personales. Para ello, debemos tratar de conocerlo más profundamente. Una manera, dice el [Papa Francisco](#), es crecer en una mayor "devoción a la Sagrada Escritura." Recemos, pues, con San Pablo en *Romanos 8*, que nos invita a abrazar lo que Dios nos ha prometido como creyentes en Jesucristo. Consideremos también la lección de *1 Corintios 12* donde aprendemos que dentro de la Iglesia hay

diferentes dones y diferentes funciones, pero cada uno de ellos es un don del mismo Espíritu y está diseñado, no para la gloria de un miembro individual, sino para el bien del conjunto. Y acojamos la enseñanza de *Gálatas*, donde San Pablo nos ayuda a comprender el "fruto del Espíritu" y cómo "caminar con el Espíritu" (Gal 5,22-23.25).

Provistos de estos dones divinos, respondemos a los llamados del Espíritu Santo y permitimos que animen nuestras vidas con el poder del amor divino. Confiamos sin reservas en que estos dones nos ayudarán a afrontar los retos y exigencias que se nos plantean como cristianos, especialmente en un mundo que se ha vuelto cada vez más hostil al Evangelio.

Uno de estos dones es el de la fortaleza, que nos proporciona una reserva nunca agotada de la fuerza y la perseverancia que Dios nos ha dado para afrontar los retos de la vida con fe, diciendo "sí" a Dios. Aquí me viene a la memoria [Bendito cardenal August Clement von Galen](#), que fue obispo de la diócesis de Münster durante la Segunda Guerra Mundial. Invocando el don de la fortaleza, el Beato von Galen se opuso valientemente a los nazis desde el púlpito e incluso en las calles. Su valiente ejemplo de total fidelidad a la doctrina de la Iglesia y la defensa de la dignidad de la vida humana le valieron el título de León de Münster. Este heroico defensor de la verdad y la vida es un testimonio eterno del poder de Dios en acción.

Al usar la semilla de mostaza para describir la Fe, Jesús está dirigiendo nuestra atención, no a la cantidad o fuerza de nuestra fe, sino al *objeto* de nuestra fe. Nuestra fe es tan fuerte como el objeto en el que está depositada. En otras palabras, si nuestra fe, aunque sea del tamaño de un grano de mostaza, está puesta en Dios todopoderoso, pueden suceder grandes cosas, pues "nada les será imposible" (Mt 17,20).